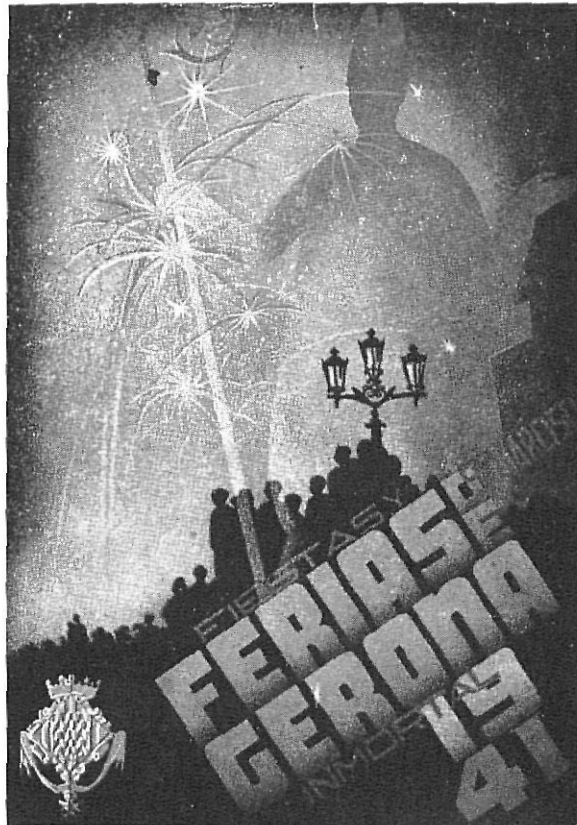


El Grafismo en la Ciudad



Orihuel

Dos muestras, dos estilos de carteles que alegraron en su día la ciudad. Orihuel y Pla Dalmau, son dos nombres representativos de una calidad en grafismos, muy a tono con aquellos años. A veces sólo nos queda ya el remedio de la añoranza. ¿Por que tendrá el papel-cartel tanto valor en el inarrugable recuerdo?

JORDI DALMAU

Cada época tiene su rostro con unos rasgos fisonómicos que le son peculiares. Son los signos externos que irreversiblemente configuran el paso de una generación. No se puede pretender una enumeración de todos y de cada uno de esos signos, pero es fácil señalar alguno de ellos, sin ánimo de preferencias ni de exclusivismos.

La ciudad, ese gran receptáculo de las huellas generacionales, exhibe un buen muestrario de ellas. Ahí precisamente reside su pena y su gloria: en la ordenación y en el contraste, en el calco y en la personalidad, en el respeto o en el derribo. Es el eterno tributo al crecimiento de una urbe que fue antigua y hoy ya no lo es: dilema ante la suerte de unas murallas, dubitaciones y polémicas ante los semirascacielos de hoy, problemas por el agobiante tránsito de vehículos, y un sinfín más de asuntos candentes que le restan monotonía y le suman viveza a la ciudad.

Hoy queremos dejar constancia de la irrupción del grafismo, como un hecho que configura un perfil ciudadano. Será un perfil de papel, concedido, pero sobre papel son muchas las cosas



Pla Dalmáu

que perduran; al fin y al cabo también la prensa, el periodismo, necesitan de él y de este modo pasan a ser, juntos, testimonio de una época. Por eso en algunas ceremonias de primeras piedras se entierra con ellas unos periódicos de la época, al mismo tiempo que unas monedas.

El grafismo utilitario, operacional, el que hoy cumple una función ha surgido, como toda obra plástica moderna, de la evolución pero también de la necesidad. Cuando el grito de la publicidad nos llega por todos los sentidos los artistas grafistas están dispuestos a envolvernos materialmente esta sociedad de consumo en que vivimos y a la que están sirviendo ellos con sus horas extraordinarias inclusive, ingenio y pinceles en ristre.

El grafismo, el gran envoltorio multicolor del elegante anuncio y del cartel llamativo es un arma de doble filo para la ciudad. Como lo fueron en su día unas murallas antiguas y sus consiguientes problemas de crecimiento urbano. La ocupación de la vía pública por las obras de la publicidad habría de ser vigilada cuidadosamente. En un pri-

mer grado, habría que contar con la existencia de unas paredes nobles que no pueden ser ocultadas, ni siquiera temporalmente por el tiempo que pueda sobrevivir un poster encolado. El segundo grado podría consistir en conceder ya de entrada una vida efímera, su justa vida, a tanta profusión de carteles. Porque la ciudad, esa colectividad de que todos somos responsables, no tiene término medio: o nos educa o nos degrada. Y una parte de la educación, no despreciable, es la formación estética que nos debe dar. No es suficiente que nuestros slogans turísticos nos aseguren que poseemos una ciudad artística de primer orden; esa ciudad —seamos realistas— es la de un día de fiesta, es la de «acompañar forasteros», es la radicada en un barrio que casi nunca frecuentamos. Nuestra cotidiana ciudad está formada por un indecible poso de calles muy transitadas, escaparates y establecimientos que vemos continuamente, y carteleras que son contempladas por miles y miles de ojos ya casi como puro acto reflejo. Si en estas realidades machaconamente cotidianas, obsesivas, no encuentra el hombre un mínimo de tranquilidad y serenidad el envoltorio no sirve al hombre.

Puntualicemos algún detalle sobre aquellas dos vigilancias arriba indicadas. Gerona tiene innumerables edificios con paredes notabilísimas por su nobleza; propietarios conscientes imponen el respeto a fuerza de «prohibido fijar carteles»; es el último recurso del buen sentido frente al invasor, pero a eso no debería llegarse, tendría que bastarle al anunciador la sola presencia de una fachada de piedra, de cemento o de lo que fuere, que toda casa tiene derecho igual, para detener la brocha del cartelista y dirigirla hacia las carteleras adecuadas. Segundo, los carteles deberían tener un vencimiento: no es nada raro ver anunciadas en verano algunas fiestas del otoño anterior, o en enero puede verse todavía indómito algún cartel de toros de la última temporada o la llamada para broncearnos en la playa con el bote de moda. Es la impávida dejadez. La vida de un cartel habría de estar sujeta a una especie de contrato con el decoro ciudadano o por lo menos —en el peor de los casos— con el recaudador de impuestos. Capítulo aparte sería la publicidad que se lanza con motivo de las «Campañas», de los «Días» o similares. En principio, la misma magnanimidad que ofrece la ciudad en tales ocasiones a la hora de dejarse «envolver» en papel-testimonio debería convertirse en exigencia por lo del vencimiento que habría de señalarse.

La ciudad, que en los grafistas tiene unos incondicionales animadores, ha de ponerse también en guardia frente a ellos. Porque sus diabluras, o mejor las de quienes les han mandado trabajar, no contribuirán a la necesaria cultura popular. Ser descuidados con las paredes es propio de niños no promocionados. La ciudad no quiere caer en tal infantilismo.